

vada de su asistencia : ¿qué hubiera sucedido? Que los días de su existencia hubieran sido muy contados.

A mas de esto, ¿que seria de nuestras almas sin el Pan eucarístico? Es doctrina comun entre los santos Padres de la Iglesia, que el Pan consagrado hace en nuestras almas el mismo efecto que hace en nuestros cuerpos el pan material, y que no es este mas necesario para conservar la vida del cuerpo, que aquel para mantener la vida del alma. ¿Conoceis vosotros cuál desgracia seria la nuestra, si Dios quitase el pan corporal de todo el mundo? Pues igual, y todavía mayor seria, si nos faltase el divino Sacramento. Yo observo que si tardamos mucho á comer este alimento celestial, nuestro espíritu desfallece, nuestra virtud desmaya, nuestro fervor viene á menos : las tentaciones crecen, la carne se subleva, el demonio se hace mas insolente y atrevido. Y de esto deduzco, que sin este Pan de vida, nuestra muerte espiritual seria cierta, segura, inevitable.

¿Y qué diré del recurso que nos ofrece el santísimo Sacramento para escapar los golpes de la divina Justicia irritada por nuestras culpas? ¡Ay de nosotros, si no tuviésemos este gran Sacramento! tiempo há que Dios nos hubiera exterminado como á Sodoma y Gomorra. Si ahora Dios usa con nosotros de mayor clemencia de la que usaba en los tiempos antiguos, si no renueva los tremendos castigos que otras veces envió al mundo, ¿á quién lo debemos? A Jesucristo que, haciéndose víctima de propiciacion en la Eucaristía, le desenoja, le aplaca, y le desarma. En ella Jesucristo se hace nuestro abogado para con su divino Padre, en ella le recuerda nuestra miseria y el valor infinito de sus méritos, en ella en fin le repite continuamente aquella tierna súplica que le dirigió desde la cruz : *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt*, perdonadlos, Padre mio, porque no saben lo que hacen. Y hé aquí lo que nos

salva, hé aquí lo que nos pone á cubierto de la divina venganza. Quítese la Eucaristía del mundo, y no tardarán á venir sobre él todas las plagas de Egipto, todos los rayos del Sínai, y todo el fuego que redujo á ceniza las ciudades de Pentápolis.

¡Ah! cristianos : si reflexionais sériamente lo que seria de vosotros sin el Sacramento del altar, no podréis menos de entonar mil cánticos á Jesucristo por haberlo instituido, no podréis menos de corresponder á este inestimable beneficio, ya viniendo á menudo á visitarle, ya recibéndole con frecuencia y buena disposicion, ya guardando en su presencia el mayor recogimiento y compostura. Hacedlo así, cristianos ; y de este modo él estará gustoso con vosotros, os llenará de bendiciones y de gracias, y os servirá de viático para llegar al cielo. Amen.

#### Amor de Jesucristo en la Eucaristía.

*Ergone putandum est quòd verè Deus habitet super terram? (III Reg. VIII, 27).*

Un Dios inmenso para quien la vasta capacidad del orbe es habitacion estrecha y limitada ; un Dios sublime ante cuyo trono, colocado en lo mas alto del empíreo, se postran todas las criaturas del universo ; un Dios omnipotente á cuyo imperio están sujetas todas las cosas, ¿es creible que verdaderamente habite en este templo? *Ergone putandum est quòd verè Deus habitet super terram?* Con estas expresiones ponderaba Salomon la admiracion que le causaba el ver que la gloria de Dios, bajo la forma de una sutil niebla, habia bajado á ocupar el ámbito del magnífico templo que le habia erigido. ¿Qué diria aquel piadoso Monarca si, hallándose con nosotros en esta Iglesia, viese que el Dios inmenso reside sobre ese altar, no ya bajo la forma de niebla, sino sacramentalmente? ¿Qué diria si viese



que el Dios sublime, lleno de bondad y amor por los hombres, se está oculto tras los velos de ese adorable Sacramento, manteniendo eclipsados los resplandores de su gloria, apagados los rayos de su divinidad, disfrazada su humanidad misma, á fin de hacerse por este medio mas accesible, acomodarse mejor á nuestra pequeñez, é inspirarnos mayor confianza hácia él? ¿Qué diría, en fin, si viese que el Dios omnipotente está día y noche sobre ese altar, no disparando rayos como en el Sínai, no esparciendo tinieblas como en Egipto, no lloviendo fuego como en Sodoma; sino como un rey benigno en medio de sus vasallos, como un padre amoroso entre sus hijos, como un pastor amable rodeado de sus caras ovejas? Y nosotros, ¿qué decimos en vista de un tan grande amor? ¿No nos admira, no nos pasma, no nos sonroja el vernos tan amados de un Dios que para nada nos necesita?

*Filii hominum, usquequò gravi corde?* ¿Hasta cuándo, cristianos, tendréis un corazón de hierro para con vuestro Dios? Sabed que Jesús no se ha quedado en ese gran Sacramento sino para daros á conocer lo mucho que os ama: sabed que no ha fijado su residencia en esos altares sino porque no tuvo corazón para ausentarse de vosotros, porque no quiso dejaros solos en este valle de lágrimas, porque temió justamente que la ausencia le borraría de vuestro corazón: sabed que en reconocimiento de lo mucho que os ama, solo os pide el corazón, ¡el corazón! ¿Tendréis valor para negárselo? *Agnosce, christiane, dignitatem tuam*, os diré con san Leon papa, comprended, cristianos, vuestra gran dignidad. Nunca podíais presumir que Dios llevase su amor hasta el punto de querer hablar continuamente con vosotros: al verlo, el cielo se pasma, los Ángeles envidian vuestra dicha, y el demonio brama de despecho. ¿Y vosotros indiferentes?... ¿y vosotros insensibles?... Ea, miremos á la luz de la fe el grande amor que Jesucristo

os manifiesta en ese gran Sacramento; y si no consigo que le ameís, á lo menos haré que os avergonceís de vuestra ingratitud. Aquí veréis un amor que todo lo emprende, que todo lo sufre, que todo lo da; prueba, como dice santo Tomás, de que es un amor grande, excesivo, incomprensible.

El primer efecto de un amor excesivo es, dice santo Tomás, obrar cosas grandes por el bien de la persona amada, no parándose en dificultades, no deteniéndose por los obstáculos, no retrocediendo ante los imposibles: *Facit operari fortiter*. ¿Y cuántas dificultades, cuántos obstáculos, cuántos imposibles no hubo de superar el amor de Jesucristo para quedarse con nosotros en el augusto Sacramento? Traed á vuestra memoria la institucion de este venerable misterio, recordad aquella tristísima noche en que Jesús celebró la última cena con sus amados discípulos, y se despidió de su nueva esposa la Iglesia, dejándola sumergida en un mar de lágrimas y de dolor. ¡Ah! sería menester tener una piedra por corazón para recordar sin llanto las tiernísimas palabras con que formuló su despedida. Esposa mia, le dice con acento lastimero, poco tiempo podré estar ya en tu compañía: *Adhuc modicum vobiscum sum*; yo me voy; y á donde voy yo, tú por ahora no puedes venir: *Quò ego vado vos non potestis venire*. Quédate, pues, con mi amor, con mi gracia, con mi corazón: *Manete in dilectione mea*. ¿Lloras?... ¡oh! no se aflija tu corazón: *Non turbetur cor vestrum*.— ¡Ah! dulce Jesús mio, le dice la Iglesia llorando, ¿que no me aflija me decís? Pero ¿cómo no he de afligirme quedando, como quedo, viuda, huérfana y desamparada en este mundo?— ¿Viuda? ¿huérfana? No, tú no quedas ni huérfana, ni viuda, pues nunca te faltará mi asistencia: *Non relinquam vos orphanos*.— Pero ¿pensais que esto me basta?—



Pues ¿qué mas quieres?—¿Puedo decirlo?—Dílo, habla, explícate.—Pues lo que quiero es, que no os ausenteis de mí.

Aquí me parece oigo decir á Jesucristo lo que en circunstancias muy inferiores decia san Pablo : *Coarctor de duobus*, dos afectos contrarios aprietan mi corazon, y lo ponen en la mas dura alternativa, la obediencia que debo al Padre, y el amor que profeso á la Iglesia. El Padre me manda que suba al cielo, y la Iglesia me suplica que me quede con ella en la tierra. Desatender el precepto del Padre es imposible, dejar á la Iglesia no es dable, cumplir con ambos es dificultoso : *Coarctor de duobus* <sup>1</sup>. ¿Qué haré?... Padre mio, no se dirá de vuestro Hijo que jamás haya dejado de hacer vuestra voluntad; cata, ya vengo : *Ecce venio*. Esposa mia, no se dirá tampoco de tu Esposo que jamás haya dejado de cumplir tus justos deseos; mira, contigo estaré hasta la consumacion de los siglos : *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi*. ¿Qué lenguaje es ese, ó buen Jesús? Si estais resuelto á subir al cielo ¿cómo prometeis quedaros con la Iglesia en la tierra? ¡Eh! dice, que mi amor sabrá cumplirlo todo. La tierra va á pasmarse cuando lo vea, los Ángeles quedarán asombrados cuando lo sepan, el hombre mismo se admirará al verse tan amado. Yo subiré al cielo, y al mismo tiempo me quedaré sobre la tierra. Si se dice que un mismo cuerpo no puede á un tiempo estar en diferentes lugares, sépase que mi amor es bastante fuerte para superar los imposibles. Diciendo esto, toma un pan en sus benditas manos, lo consagra, lo convierte en su propio cuerpo; y presentándolo á la Iglesia, aquí me tienes, le dice, aquí me tienes, y aquí me tendrás hasta el fin del mundo. ¿Estás contenta?... ¿Quieres mas?...

Mas, Salvador mio, ¿qué venís á buscar entre los hombres?

<sup>1</sup> Philip. 1, 23.

¿No conoceis que ese milagro de amor no será para Vos sino un nuevo manantial de injurias y afrentas? ¿Cuál amor será bastante para sufrir tantos ultrajes como recibiréis de los herejes, de los impíos y de los malos cristianos? El mio, dice, el mio; que cuando el amor raya á excesivo lo sufre todo por el bien del objeto amado : *Facit sustinere infatigabiliter*. Yo todavía veo mas afrentas y desacatos de los que se me pueden decir; mas lo sufriré todo, con tal que sea en compañía de los que amo. Ya veo ejércitos de herejes obstinados en no querer reconocerme en este Sacramento : no me reconocerán los calvinistas, quienes no me creerán presente en este misterio sino por representacion ó virtud : no me reconocerán los luteranos, quienes enseñarán que mi Cuerpo adorable existe en este Sacramento junto con la sustancia del pan : no me reconocerán los zuinglianos, quienes no verán en la Eucaristía sino imágenes, símbolos y figuras de mi Cuerpo. Ya lo veo : Heliodoros sacrílegos, Baltasares impíos, Antíocos profanadores extenderán su mano atrevida contra mí. Ya lo sé : lenguas impuras me consagrarán, manos sacrílegas me tocarán, corazones súcios y hediondos me recibirán. No lo ignoro : mi Cuerpo adorable será muchas veces arrastrado por el lodo, será entregado á mónstruos peores que demonios, será el escarnio y la befa de los malvados. Lo sé, lo veo, lo palpo, pero no me detengo : paso por encima de estas consideraciones, á todo trance quiero estar con los hombres, sufra lo que sufre, cueste lo que costare.

Fortuna, cristianos, que el amor no consulta, fortuna que cuando Jesucristo instituyó este gran Sacramento no tomó en consideracion, ni las afrentas que en él le esperaban, ni la ingratitude con que los hombres le corresponderian; que si lo hubiese consultado, que si lo hubiese tenido en cuenta, seguro es que no le poseeríamos sobre estos altares. Vosotros sabeis



en qué ocasion instituyó este divino Sacramento, en qué tiempo nos legó esta prenda de su amor. No le instituyó en aquel día en que las turbas, entusiasmadas por el torrente de celestial doctrina que corria de sus labios, gritaban : *Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti*, dichas las entrañas que te concibieron, y benditos los pechos que te alimentaron. No le instituyó en aquel día en que el pueblo, agradecido por la prodigiosa multiplicacion de los panes, queria proclamarle por Rey. No le instituyó en aquel día en que, entrando triunfante en Jerusalem, salieron sus moradores á recibirle, sembrando de flores el camino, presentándole palmas, y gritando : Hosanna al Hijo de David. No fueron estas las ocasiones que eligió su tierno corazon para instituir el divino Sacramento, porque tal vez se hubiera pensado que lo instituia como movido de las aclamaciones populares.

La ocasion que escogió fue, como dice san Pablo, aquella noche en que los hombres llenaban respecto de él la medida de su malicia é ingratitud ; aquella misma noche en que habia de ser entregado á sus verdugos para hacerle morir el día siguiente sobre una cruz : *In qua nocte tradebatur* <sup>1</sup>. ¡Ah! si la malicia humana hubiese sido capaz de apagar su amor, sin duda lo hubiera conseguido en aquella noche. Mientras él, encerrado con sus discípulos en el cenáculo, escribe su último testamento á favor de los hombres, y les deja lo mejor que les puede dar, ¡ay! ¿cuánta ingratitud, cuánta perfidia descubre en ellos? Mira á un lado, y repara á un Judas que aguarda el momento oportuno para clavarle el puñal en el pecho : mira á otro, y observa á Pedro de quien sabe que dentro pocas horas le ha de negar : mira al rededor, y descubre á unos discípulos inconstantes que le abandonarán tan pronto como llegue

<sup>1</sup> I Cor. xi, 23.

la hora de la prueba y de la tribulacion. Con su entendimiento divino recorre por todo lo que pasa en la ciudad de Jerusalem, y aquí ve que se sobornan testigos, allí que se encona al pueblo, acá que se arma á los soldados, acullá que se levanta el patíbulo. Este conocimiento, que parece debia obligarle á rasgar su amoroso testamento, y á separarse enteramente de tales ingratos, parece que solo sirve para encender mas su amor, y hacerlo subir hasta el último grado. ¡Cuánto tiempo há, exclama, que deseaba comer con vosotros esta Pascua! *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum* <sup>1</sup>. Hasta el presente no he podido lograr hacerme amar de los hombres, y eso que les he hecho todo género de favores y beneficios : voy ahora á ver si consigo hacerlos un poco mas humanos y tratables. Ellos quieren hacerme morir : moriré, ya que así lo quieren, pero se engañan si piensan lograr que yo no los ame : moriré, mas me quedaré vivo en este Sacramento : moriré, mas no me apartaré de ellos : moriré, mas me encontrarán á cada paso. En este Sacramento me tendrán, quieran ó no quieran : desde aquí les hablaré al corazon, les mostraré mi amor, les tiraré en rostro su ingratitud : lucharémos, ellos con ingratitudes y desaires, y yo con gracias y con beneficios.

Decidme, cristianos, ¿seria posible, no digo hallar, pero ni fingir un corazon mas enamorado que el de Jesucristo? Record con la memoria cuanto habeis leído de tierno, de amoroso y apasionado en la historia, en la mitología y en las novelas: suponedlo, si quereis, todo verdadero. ¿Hay en todo esto algo que pueda compararse con el amor que Jesucristo manifiesta en este lance? El entendimiento mas vivo, la pasion mas ardiente, la fantasía mas poética ¿han inventado jamás un corazon tan sensible, tan tierno, tan amante como el suyo? No.

<sup>1</sup> Luc. xxii, 15.



Y cuenta, que aun no hemos dicho nada de la generosidad con que se da á los hombres en este gran Sacramento, cosa que revela un amor superior á cuanto se puede decir y pensar. Si cuando él instituyó este Sacramento hubiese dispuesto que solo pudiese conservarse en un lugar del mundo, en Roma, por ejemplo, dentro la iglesia del Vaticano, y que cuantos quisiesen visitarle hubiesen de peregrinar allá á piés descalzos, disponerse con ayunos de muchos dias, y recibir antes la absolucion del Papa, con solo esto ¿no hubiera ya mostrado un amor grande, generoso, inefable? Pues ¿qué nombre daremos á su amor, habiendo querido que le tuviésemos cási en todas nuestras iglesias, que pudiésemos visitarle á todas horas, y sin mas trabajo que el de dar algunos pasos? Si él hubiese ordenado que no se pudiese hacer otro uso de este Sacramento que el de verle, adorarle, y recibir su bendicion, con esto solo ¿no hubiera ya dado pruebas de un amor tierno, afectuoso, excesivo? Pues ¿cómo llamarémos á su amor, habiéndonos dado permiso para comerle, recibirle en nuestro corazon, y estrecharle en nuestros brazos? Si él hubiese ordenado que solo pudiesen recibirle sacramentalmente los que conservan la inocencia bautismal, ó los que tienen un amor y pureza semejante á la de una santa Catalina de Sena, ¿no hubiera ya manifestado con solo esto un amor verdaderamente incomprendible? Pues ¿qué amor será el permitir que le reciban los tibios, los defectuosos, los pecadores, con tal que no sean reos de culpa mortal? ¡Ah! tuvo razon el santo concilio de Trento para decir que en este Sacramento Jesucristo ha echado el resto á su beneficencia, y ha como agotado las inmensas riquezas de su amor hácia los hombres : *Divitias divini sui erga homines amoris veluti effudit.*

Ahora bien, cristianos, un amor tan grande ¿qué merece? ¿qué pide?... ¡Ah! si ya no os lo ha dicho vuestro mismo co-

razon, en vano os lo diria mi lengua. ¿Qué hariais por cualquiera criatura que os manifestase un amor, no diré igual, no diré semejante, sino que en algo se pareciese al que Jesucristo os manifiesta en este Sacramento? Ó yo no conozco vuestro corazon, ó no me equivoco creyendo que no le escasearíais el vuestro. Pues haced con Jesucristo lo que hariais con una simple criatura : amadle con todo el corazon, servidle con todo el afecto, visitadle á menudo, recibidle con frecuencia y buena disposicion, y con esto lograréis dos cosas : cumpliréis con las leyes de la gratitud, y os haréis dignos de una recompensa eterna. Amen.